

Convino a las Potencias Nuestra Predictibilidad

## Los Cómplices Externos

- ★ Los Cambios Mundiales han Hecho Envejecer al Sistema
- ★ Inevitable Incertidumbre en una Democracia Verdadera
- ★ Calles Anuló en 1927 el Nacionalismo Revolucionario

LORENZO MEYER

Llámesele como se quiera: sistema de partido casi único, de dominación hegemónica de un partido, dictadura camuflada, etcétera. Al final, e independientemente del concepto, una cosa es innegable: sabiendo desde hace buen tiempo que el sistema mexicano no es democrático, una buena parte del mundo externo ha preferido la comodidad de aceptar a nuestro autoritarismo como si fuera democracia. Y la razón es clara: el autoritarismo disfrazado de democracia es más predecible que una democracia verdadera, donde el elemento de incertidumbre es inevitable.

Desde hace varios decenios, las pretensiones del gobierno mexicano de ser tomado por democrático, republicano y federal, se han encontrado con un mundo externo decidido a creerle. En consecuencia, el sistema político mexicano ha ocupado un lugar entre los países con sistema abierto y plural, pese a que la legitimidad de sus gobernantes no está basada en elecciones

SIGUE EN LA PAGINA ONCE

# LOS CÓMPLICES EXTERNOS

Signo de la primera plana

compensativas y limpias. Desde luego que desde hace mucho las cancellerías extranjeras, así como los medios de información internacionales, las empresas multinacionales con interés en México o los académicos especialistas en temas mexicanos, saben perfectamente bien que si el partido del Estado ha mantenido de manera ininterrumpida el control del proceso nacional mexicano desde hace sesenta años, ello se debe al hecho obvio de que la democracia política en México no es real sino apenas formal.

Visto el fenómeno político mexicano desde esta perspectiva, resulta que el mundo externo al no poner en duda la autodefinición como democrático del gobierno mexicano, ha contribuido a darle a éste una respetabilidad que no le corresponde. De ninguna manera pretendo con esto sugerir que la responsabilidad fundamental de nuestro autoritarismo está en el exterior. No, las raíces principales —y muy profundas— de este sistema de poder se encuentran en el suelo mexicano, pero es igualmente cierto que con el paso del tiempo una parte de estas raíces han salido de nuestras fronteras y ahora la planta del autoritarismo mexicano también se nutre de factores foráneos. El mundo externo, especialmente la parte de éste con el cual México tiene mayores contactos cotidianos, ha sido cómplice consciente y por voluntad propia del sistema de dominación enmarcado por la tríada PNR-PRM-PRI.

★

En su origen, la situación no fue esa sino la opuesta. Como se recordará, una vez promulgada la Constitución de 1917 y por los siguientes diez años, las grandes potencias —especialmente sus empresarios, parlamentarios, iglesias y prensa— se dedicaron, entre otras cosas, a denunciar a voz en cuello la no-democracia y la corrupción de las élites revolucionarias mexicanas. Carranza, Obregón y Calles fueron acusados de todo tipo de crímenes en el Congreso de Estados Unidos o en el Parlamento Británico. La prensa americana y europea y la de muchos otros países plató a esos tres Presidentes como líderes inmorales de masas anárquicas y de camarillas inmorales. Una y otra vez, los periódicos estadounidenses, europeos y latinoamericanos de la época pusieron en duda la pretensión democrática de los gobiernos revolucionarios mexicanos que, por su parte, insistían en desconocer ciertos derechos de propiedad de los extranjeros, se resistían a pagar la

deuda externa del país y se mostraban reticentes a llegar a acuerdos para compensar a los ciudadanos extranjeros afectados por la guerra civil mexicana. En un documento del Departamento de Estado norteamericano de la época, Calles llegó a ser presentado como instrumento de los bolcheviques.

Todo empezó a cambiar a partir de la llegada a México en 1927 del embajador estadounidense Dwight Morrow. La guerra fría mexicana-americana que había llegado a uno de sus puntos críticos, se acabó tras el rápido acuerdo informal entre Calles y el embajador Morrow para resolver los problemas entre los dos países por medio de la búsqueda sistemática de la compatibilidad y la complementariedad de los intereses de México y Estados Unidos. Ahora podemos apreciar que esa compatibilidad sólo se logró tras la desactivación del nacionalismo revolucionario mexicano. En efecto, el acuerdo con Estados Unidos llevó a Calles, entre otras cosas, a derogar una ley petrolera, a disminuir el ritmo de la reforma agraria y a dejar mano libre a Washington en Nicaragua. Este acercamiento de México a Estados Unidos permitió que la imagen del gobierno mexicano mejorara no sólo al norte de nuestra frontera sino también entre los círculos del poder europeos y latinoamericanos.

El reactivamiento del nacionalismo mexicano en la presidencia del general Cárdenas (1934-1940), revivió en el exterior la visión externa del México peligroso, socialista e irresponsable. Sin embargo, peligros de mucho mayor peso, como el expansionismo alemán, japonés e italiano, llevaron a que el gobierno estadounidense modificara sus acciones y lenguaje frente al gobierno mexicano ya que, después de todo, el antifascismo del general Cárdenas era un valor que había que cuidar. La alianza entre el gobierno de Avila Camacho y las potencias aliadas durante la Segunda Guerra, hizo que las cosas volvieran al curso iniciado al finalizar 1927, y México quedó incorporado al grupo antifascista como un país amante y defensor de la democracia. Tras la victoria aliada, el anticomunismo de Miguel Alemán y sus sucesores, aunado a sus políticas favorables a los intereses del capital nacional y extranjero, hicieron que Estados Unidos y Europa decidieran perder de vista las características reales del sistema político mexicano y aceptaran sus formas democráticas como realidad sustantiva.

En este contexto, el fraude electoral de 1940 fue un servicio indirecto del autoritarismo mexicano a Estados Unidos, pues impidió el acceso al poder del general Juan Andrew Almazán, un personaje carisma-

lico y conservador, que tenía entre sus seguidores a un buen número de simpatizantes del fascismo, el nacionalsocialismo y el falangismo. Así pues, el vicepresidente de Estados Unidos se presentó a la ceremonia de toma de posesión de Avila Camacho en 1940 y poco después, en Monterrey, tuvo lugar la primera visita de un jefe de Estado norteamericano a suelo mexicano desde la famosa entrevista Taft-Díaz de principio de siglo. La recepción dada unos cuantos años después a Miguel Alemán en Washington por el Presidente Truman fue espectacular. La definición aceptada en Estados Unidos en la post-guerra sobre nuestro sistema político —democrático— fue adoptada sin impugnation por todos sus aliados. Afortunadamente para las

autoridades mexicanas, el bloque socialista actuó de manera muy similar. La URSS y sus aliados no tuvieron que pronunciarse sobre las características de nuestra democracia política, simplemente pusieron el acento en la supuesta democracia social mexicana y en la fraternidad entre la Revolución mexicana y los socialistas. Pese al anticomunismo del gobierno mexicano, éste no era militante y no buscó chocar con la URSS en el contexto internacional, y la defensa mexicana del principio de no intervención, especialmente en los casos de las revoluciones cubana y nicaragüense, resultaba funcional para la política externa de los países del Este.

En resumen, y por razones muy diferentes, resulta que las grandes potencias

en pugna en la segunda postguerra, así como sus aliados y sus satélites, encontraron que en el caso de México, la continuidad en su proceso político interno —y por tanto la predictibilidad— que implicaba su autoritarismo cubierto por el tenue velo de un pluripartidismo artificial, era lo más conveniente para sus respectivos intereses. Fue por ello que se cuidaron muy bien de no contradecir o poner en duda la autodefinición que el gobierno mexicano hacía de sí mismo como democracia política y social bona fide. El punto culminante de esta coincidencia en no querer decir que el rey estaba desnudo, fue la ceremonia del cambio de poderes de 1988, cuando representantes muy connotados de los dos grandes bloques mundiales —uno de los cuales estaba a punto de desaparecer—

se reunieron en la ciudad de México para apoyar, con su presencia, al sistema de "partido casi único" en un momento crítico. Ante el impugnamiento interno a los datos electorales oficiales, el mundo externo, de manera casi unánime, suscribió la dudosa victoria del PRI.

Ahora, y para concluir, es necesario preguntarse: ¿sigue siendo funcional el autoritarismo mexicano para los intereses de las grandes potencias? A juzgar por la actitud del gobierno federal norteamericano y la de los gobiernos europeos y japonés hacia el gobierno de Carlos Salinas, la respuesta es un sí pero condicionado. El proceso de integración formal de la economía de nuestro país con la del vecino del norte por medio del Tratado de Libre Comercio (TLC), puede poner pronto

estas cosas en otra dimensión. Muchos intereses norteamericanos que serán afectados por el TLC, usarán el pretexto de la ausencia de democracia real en México para oponerse a la demanda del gobierno salinista de integrarse al gran mercado de Estados Unidos-Canadá.

La existencia de partidos de Estado como el PRI, con todas las prácticas antidemocráticas que ello implica, se está convirtiendo en cosa del pasado en el mundo. Tras la liberalización de los sistemas políticos de Europa del Este, la estructura del poder en México ha envejecido de golpe. Su arcaísmo es hoy evidente, y por ello cada vez será más difícil para el mundo externo pretender que el rey está vestido con las ropas de la democracia cuando, en realidad, está desnudo.